

TRAYECTOS DE FICCIÓN POR CUBA, ESPAÑA,
INDONESIA, JAPÓN Y SUECIA

HISTORIAS EN GUAGUA

ANAIS ABAKONI



Historias en guagua

La Habana, 15 de agosto de 1991

Lo que viene liso no trae arrugas.

PROVERBIO POPULAR

|

Al fin estaba a unos pasos de las puertas del metrobús. Sin embargo, cierto forcejeo a sus espaldas hizo que girara la cabeza. Un par de chicos parecían muy interesados en el contenido de su mochila, así que se la colocó delante para protegerla. Recogió los hombros sobre el pecho como una coraza que podría salvarla de una cuchillada y un bolso vacío. Volvió a concentrarse en el camello,¹ pero decidió no luchar más; si se dejaba llevar por la inercia de la molotera, alcanzaría antes las puertas metálicas. Y así fue.

1 Camello: nombre popular del metrobús, un transporte público típico de La Habana que circuló entre 1990 y 2008.

Puso una mano sobre el marco de metal y se arrepintió al instante. Ardía. ¿Qué esperaba en pleno verano y a las tres de la tarde en Alamar? ¿Un sol discriminatorio? El camello —o Metrobús M1, como se leía en uno de sus costados a pesar de la densa capa de polvo— era de color rosa, pero eso no lo hacía menos intimidante.

Miró un instante hacia las ventanillas donde un montón de rostros sudados, muy cerca los unos de los otros, observaban con despreocupación la batalla que tenía lugar en la acera. Incluso chocó con una risita de satisfacción de un señor mayor de pelo muy blanco que llevaba un overol de mezclilla.

Como siempre, la puerta del camello era un nudo de ansiedades donde la fila se transformaba en una masa compacta que vomitaba su frustración de cincuenta minutos de espera bajo el sol. Para subir, dejó que dos mujeres vestidas de blanco de pies a cabeza estrujaran su cuerpo. Eran dos hijas de santo, dos *iyawó*², dos palomas mensajeras que la apretaron y sostuvieron como entre sábanas hasta que al fin entró.

Ya dentro, una ola de calor llena de tufos rancios y extremadamente humanos le sacudió el estómago. Abrazó con más fuerza su mochila y hundió la nariz en el fieltro del asa que aún olía a la colonia que se había puesto antes de salir. Le dieron ganas de regresar corriendo a casa, echarse en la cama y quedarse tiesa, como en una cruz, hasta que el Período especial³ acabara y todo volviera a ser como antes, pero era el último día del curso de francés y tenía que examinarse. Si no hubiera sido por eso, habría desistido. Y de todo. ¡Quién pudiera escapar a un país distante!

2 *Iyawó*: palabra que designa a los iniciados en la santería. Durante un año, los *iyawó* deben cumplir una serie de normas muy estrictas, entre ellas ir vestidos de blanco impoluto.

3 Período especial en tiempos de paz: período de crisis económica que comenzó en 1991 debido a la disolución de la Unión Soviética y el recrudecimiento del bloqueo económico de los Estados Unidos.

Ahora tocaba aguantar cuarenta minutos para llegar a la Alianza Francesa en El Vedado. Si encontraba un rincón con poco trajín, podría incluso cerrar los ojos y soñar que viajaba a sitios amables que solo conocía por las películas. Esos sitios en colores que devoraba con el alma en las revistas manoseadas que le prestaba Lola, la vecina, gracias a sus contactos en la embajada de España en La Habana.

Depositó los cuarenta centavos que costaba el trayecto, sin tocar la caja de metal cubierta de huellas pringosas y que solo en las proximidades de la ranura mostraba su verdadero color. ¿Rojo? Creyó que la alcancía se inclinaba un poco y suspiraba con resignación o quizás estaba vencida por el peso del candado herrumbroso que colgaba de un costado.

Su próxima meta era sentarse. Aunque tenía ganas de dormir o escapar, lo mejor sería sacar la libreta y estudiar un poco, incluso de pie. Tal vez tendría suerte. Un día como hoy necesitaba mucha suerte, pensó, y sacudió sus pulseras de metal. Miró en todas direcciones calculando, por la tensión de los movimientos y las ropas, quiénes bajarían pronto. Seguro que la enfermera se apeaba en la parada del Hospital Hermanos Ameijeiras y las chicas con el uniforme de vendedoras de Coppelia no se moverían hasta El Vedado. Continuó mirando e intentando adivinar mientras se repetía frases sin sentido: «*Bonjour comment allez-vous? Vous sentez-vous bien à Cuba? Je m'appelle...*».

—Muchacha, ¡ta pasma, muévete al fondo! —escuchó y unos dedos duros la empujaron en el hombro.

Avanzó apenas medio metro a fuerza de apretarse más contra otras pieles tan sudadas como la suya.

El camello explotaba de gente vociferando y ella no perdía la esperanza de sentarse; tenía que moverse y luchar su oportunidad. Cruzó junto a un borracho que llevaba una botella de Havana Club bajo el brazo y despedía un tufo a alcoholes

añejos. Desde luego, no entendió ni una palabra del mundo patas arriba que él rumiaba. Siguió avanzando hasta que llegó a un grupo de adolescentes que discutían sobre sus equipos de béisbol favoritos, más por aburrimiento que por convicción. Echó una ojeada a sus rostros encendidos, las venas del cuello hinchadas compitiendo por hablar más alto y acaparar la atención; aunque, en realidad, lo más escandaloso era su olor a gimnasio de barrio. Siguió avanzando. Los chiquillos alborotaban demasiado y el deporte en cuestión era un tema aburrido. Sin querer, empujó a dos mulatas jóvenes que se turnaban la carga de un pastel de nata sobre una bandeja de aluminio. Hubo un cruce de miradas. Imaginó el pastel en el suelo y toda la chusmería que vendría después. Era mejor alejarse de ellas. Lo último que vio fueron sendas mallas ajustadas, con estampados de leopardo y a punto de reventar las costuras; el tejido tan extendido mostraba con descaro la ropa interior.

Entonces oyó el llanto de unos cachorros, aunque habría jurado que ya los había oído antes, justo al subir al camello. De lejos, el llanto le había parecido una emisora de radio mal sintonizada, pero ahora los gemidos eran más claros. La cercanía no dejaba espacio al engaño. Los animales estaban en una caja con agujeros que sostenía sobre la cabeza una señora de piel oscura y ojos verdes. «Pobrecitos, deben de estar asándose y temblando de miedo», pensó y apoyó la frente en una barra de metal que tenía cerca. La señora era totalmente indiferente al gimoteo; a lo mejor los llevaba a sacrificar. «Coge tu picadillo de perro aquí», estuvo a punto de decir y sus labios solo se movieron.

Era una odisea encontrar un asiento, así que decidió relajarse y concentrarse en la música; todo terminaría pronto. El final era el alivio que alimentaba el presente; si no, cómo aguantar tanto.

La salsa que salía deforme por unos altavoces polvorientos que había en las esquinas era incomprensiblemente estridente:

Yo soy... Soy los tambores batá,
soy la clave,
soy el quinto y el trombón,
yo soy Van Van, yo soy Cuba.

La música se sincopaba con los frenos, con el choque de las puertas rechinantes y los bocinazos contra el aburrimiento. El monstruo de metal avanzaba deprisa, succionando y escupiendo gente en cada parada.

Se imaginó cómodamente sentada en los coches de los turistas y otros afortunados que pasaban rápido por los lados. Una gota de sudor corría por su espalda y añoró llegar pronto al Malecón para que la brisa del mar descargase el ambiente. Brillosos, resistentes y cansados, así lucían los cuerpos de los otros que compartían el mismo ritmo dictado por el vaivén del monstruo de color rosa.

A la altura de la Habana del Este vio en la segunda joroba del camello a un joven que se abría los botones de su camisa verde olivo. Era de piel muy blanca; seguro un extranjero, un pez fuera del agua. Intercambiaron sonrisas y empezó un almibarado escrutinio a distancia. El gesto coqueto de apartarse los rizos cerca de la mejilla quedó truncado y ridículamente aplastado por la masa que la rodeaba. Apenas podía separar los brazos de los costados del cuerpo, pero estaba decidida a conseguir más espacio allá, cerca de él. Todo se veía más ligero allá lejos, al fondo.

Eligió aproximarse a aquel joven de sonrisa enigmática y piel pálida, que se balanceaba raro, como siguiendo otro compás. Era extranjero, seguro.

Avanzó hacia él. Ahora reclinándose, volteando a izquierda, luego a la derecha. A veces daba un paso de puntillas. Su cabeza giraba para esquivar codos prominentes que colgaban de las barras. La barriga dentro para no engancharse con los bolsos que